

dígame una palabra y mato al Zarco. Con eso, de una vez se queda usted libre... Si no, esperaré, y ya verá usted lo que pasa.

—¡Pues yo se lo voy á decir al Zarco para que esté prevenido!

—¡Pues dígaselo usted, linda, dígaselo usted!— respondió el Tigre, con una risa desdeñosa y siniestra, en que se revelaba una resolución espantosa. —Ya el Zarco me conoce,—añadió,—y verá usted si es verdad lo que le digo; el Zarco, de quien se ha enamorado usted porque lo ha creído hombre, no es más que un lambrijo. Conque dígaselo usted, y para que sea pronto, la voy á sentar y me quedo aguardando.

Manuela fué á sentarse aterrada. Seguramente iba á producirse allí una catástrofe; el Tigre deseaba provocarla á toda costa para matar al Zarco, y ella estaba destinada á ser el botín del vencedor. ¡Qué situación tan espantosa! Manuela se sentía agonizar.

Pero cuando ella buscaba con angustia á su amante, á quien, á pesar del horror que ya le inspiraba, creía su único apoyo, le vió dirigirse hacia ella, ceñudo, frío, lívido de cólera. Manuela creyó que estaba celoso del Tigre, y pensó que era llegado el momento de la riña que estaba temiendo.

Pero el Zarco, con una sonrisa satánica y enronquecido por la ira, la dijo:

—¡Conque ya sé cuál es el motivo de tus triste-

zas y de tu aburrimiento en estos días, ya me lo han contado, y no me la volverás á pegar, arrastrada!...

—Pero ¿qué es? ¿qué es? ¿qué te han contado, Zarco?—preguntó Manuela, tan asombrada como despavorida al oír esas palabras.

—Sí; ya me dijo la Zorra que lo que hay es... que te has arrepentido de haberte largado conmigo, que has conocido que no me querías... de veras...; que el único hombre á quien amabas era el indio Nicolás; que sientes haberlo dejado; que la vida con los plateados no te conviene, y que en la primera ocasión que se te ofrezca me has de abandonar.

—¡Pero yo no he dicho!...—interrumpió temblando Manuela.

El Zarco no la dejó acabar.

—¡Sí, tú se lo has dicho, falsa y embustera; no quieras negarlo! Yo tengo la culpa por fiarme en una catrina y una santularia como tú, que no quería más que alhajas y dinero... Pero, mira,—añadió, cogiéndola un brazo y apretádoselo bestialmente,—lo que es de mí no te burlas, ¿me entiendes? Ya te largaste conmigo y ahora ves para qué naciste. ¡En cuanto al indio herrero, yo he de tener el gusto de traerte su cabeza para que te la comas en barbacoa, y después te morirás tú, pero no te has de quedar riendo de mí!

Manuela apenas pudo decir al Zarco, en actitud suplicante:

—¡Zarco, hazme favor de sacarme de aquí, estoy enferma!...

—¡No te saco, muérete!—contestó el bandido, en el paroxismo del furor.

No bien acababa de decir estas palabras, cuando hubo un gran ruido en la puerta de la sala, y varios bandidos, cubiertos de polvo y con el traje desordenado por una larga caminata, se precipitaron adentro con aire azorado, y preguntando por Salomé Plascencia, por el Zarco, por el Tigre y por los demás jefes.

Salomé y los otros fueron á su encuentro.

—¿Qué hay?—preguntó aquél, mientras que todos los plateados iban formando círculo en torno suyo y cesaban, como es de suponerse, la música y la algazara del baile.

—Novedad,—respondió uno de los recién llegados, sofocándose.—Hemos corrido diez leguas para avisarles... Martín Sánchez Chagollan, el de Ayacapixtla, con una fuerza de cuarenta hombres, ha sorprendido á Juan el Gachupín y á veinte compañeros y los ha colgado en la catzahuatera de Casasano.

—¿Y cuándo?—preguntaron en coro los bandidos aterrados.

—Anoche á cosa de las diez los sorprendió. Estaban emboscados esperando un cargamento que iba á pasar, cuando Martín Sánchez les cayó, los acorraló y apenas pudieron escaparse cinco ó seis, que vinie-

ron á buscarnos y que se han quedado heridos y no han podido venir hasta acá.

—¿Pero... qué... no pelearon esos muchachos?—preguntó Salomé.

—Sí, pelearon, pero los otros eran más y traían muy buenas armas.

—¿Y qué? ¿no tuvieron aviso?

—¡Eso es lo que extrañamos!, pero creo que la gente comienza á ayudar á Martín Sánchez y á faltarnos á nosotros.

—Pues es preciso vengar á nuestros compañeros y meter miedo á las gentes, para que no se vayan á voltear enteramente contra nosotros. Mañana, amaneciendo, todos vamos á salir de aquí, y que se nos reunan los demás que andan dispersos, y vamos á buscar á Martín Sánchez y á ver si es tan bueno contra quinientos hombres como contra treinta. Conque alístense para mañana.

—¿Y qué hacemos con los presos?—preguntó uno.

—Pues esos que se mueran,—dijo Salomé,—¿para qué queremos estorbos?... Tú, Tigre, anda, y mátalos luego luego.

—Mira, Salomé,—dijo el Tigre adelantándose,—mejor dale esa comisión al Zarco; él sabe bien matar á los muertos,—añadió con desprecio.

—¿Matar á los muertos dices, Tigre?

—¡Sí, matar á los muertos!—replicó el Tigre;—acuérdate de Alpuyeca.

—¡Pues ya verás si sé matar también á los vivos! —replicó el Zarco, lívido de cólera.

—¡Bueno, bueno,—dijo Salomé, interponiéndose; —no queremos disputas, cualquiera es bueno para despachar á los presos! El caso es que no amanezcan; llévenle la orden al Amarillo y vámonos; se acabó el baile.

—¡Ah! ¡otra noticia!—añadió otro de los recién llegados.—Esta mañana se enterró, en Yautepéc, la madre de la muchacha que se trajo el Zarco.

Entonces se oyó un grito que hizo volver la cara á todos aquellos hombres.

—¡Mi madre!—exclamó Manuela, y se dejó caer desfallecida en el suelo.

—¡Pobrecita!—dijeron las mujeres, ya vueltas en sí de la embriaguez ante aquella lluvia de malas noticias.

—Levántala, Zarco, y llévatela y que se conforme, porque sino nos va á estorbar.

El Zarco, ayudado de algunas mujeres, levantó á Manuela, la cargó y se la llevó á la capilla, donde la recostó en su cama. La joven estaba moribunda. Tantas emociones seguidas, tantos peligros, tantas amenazas, tantos horrores, habían abatido aquella naturaleza débil y estaban obscureciendo aquel espíritu. Manuela parecía idiota y no hacía más que llorar en silencio.

El Zarco, preocupado también con mil pensa-

mientos diversos, encolerizado contra el Tigre, celoso de Nicolás, cada vez más enamorado de Manuela, pero contrariado infinitamente por las últimas noticias, y por la necesidad que había de marchar, no sabía qué hacer.

Daba vueltas como una fiera encerrada en su jaula; llamaba á las mujeres para que asistieran á su querida, comunicaba órdenes á los bandidos que le obedecían y le servían, preparaba maletas, registraba los baúles, se sentaba unas veces á orillas de la cama en que se reclinaba Manuela, y veía á ésta con miradas en que era difícil distinguir el amor, el odio ó las tentaciones de una resolución siniestra; y otras se ponía á pasear á lo largo de la capilla, blasfemando.

Por fin, se acercó á la joven y con acento frío y seco le dijo:

—Ya eso no tiene remedio; deja de llorar, y prepárate para que marchemos mañana de aquí y ayúdame á hacer las maletas. Guarda bien tus alhajas; eso es lo que importa.

Entre nosotros, —añadió, viendo que Manuela sollozaba con más violencia, —no se usa afligirse tanto ni hacer tanto duelo cuando se nos muere alguno... ¡para eso nacimos! Además, tu madre ya estaba vieja, y me aborrecía la buena señora; rézale un sudario, y amén... no vuelvas á acordarte de ella. Tu indio debe haberla enterrado y se cogerá la

huerta, y se pagará los gastos; después lo enterrarás á él, no tengas cuidado, y tendrás el gusto de llorar en su sepultura.

Así, pues, aquel bandido, aquel Zarco, á quien Manuela había creído siquiera hombre, siquiera compasivo, no era más que un perverso sin entrañas, que se complacía en aumentar su tormento, en insultarla en los momentos de mayor pesadumbre, y en calumniar al hombre generoso que, seguramente, y ya sin interés de ninguna especie, había asistido en sus últimos instantes á la pobre y desventurada anciana.

Ya lo había pensado Manuela.

Pilar y Nicolás eran los que habían velado junto al lecho de muerte de la desdichada señora y la habían dado sepultura.

¡Nicolás y Pilar! ¡Otra vez esta pareja, que no se apartaba de su imaginación! Ahora, ¡qué grandes y qué nobles le aparecían los dos jóvenes!... Pero ¡qué desgracia que no se le aparecieran así sino para causarle el horroroso tormento de los celos, y la indecible vergüenza de considerarse como un monstruo de ingratitud y de bajeza en comparación de ellos!

Y, sin embargo, atormentada y degradada, despreciable como era, sólo el pensar en Nicolás le parecía un vislumbre de consuelo en medio de aquella espantosa noche que la rodeaba por todas partes con sus

tinieblas, sus terrores y sus peligros, desconocidos, pero pavorosos.

Por fin se incorporó, y bebiéndose las lágrimas, se puso á preparar las maletas, sintiendo la muerte en el alma.

